

para deificar al hombre, veamos por quién y cómo se comunica esa vida divina. Es por Jesucristo; lo dice San Juan: «La gracia ha sido hecha por Jesucristo.» (1) Lo dice San Pablo: «La gracia de Dios por Nuestro Señor Jesucristo.» (2) Lo dice él mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» (3) El medio de comunicacion son los Sacramentos que ha dejado en la Iglesia Católica, y especialmente la Sagrada Eucaristía.

SEGUNDA PARTE.

La Encarnacion del Verbo, último grado á que puede elevarse la union de Dios con su criatura, estrechando sin confusion las dos naturalezas en unidad de persona, es el principio fecundo de la vida de la gracia que nos une con Dios, haciéndonos participantes de su naturaleza. En el Verbo hecho carne Dios se acerca á nosotros, y se salva la distancia infinita que separa al Creador y á la criatura. En Jesucristo, Verbo hecho carne, el Padre reconcilia consigo al mundo (4), borra el decreto de condenacion (5), y se destruye la obra del pecado, que impide la deificacion del hombre (6), quedando abierta para siempre la fuente inagotable de la vida divina, de que hablaba el mismo Jesucristo en el templo.

- (1) Joann. I, 17.
 (2) Rom. VII, 25.
 (3) Joann. XIV, 6.
 (4) II Cor. V, 19.
 (5) Colos. II, 14.
 (6) Rom. VI, 6.

«Si alguno tiene sed, venga á mí y beba, y en su seno se formará manantial perenne que salte hasta la vida eterna (1). Digamos, pues, con el Profeta: En ti, Señor, está la fuente de vida, y con tu luz veremos la luz de Dios (2). Todo en Jesucristo, todo por Jesucristo. El Padre ha puesto todas las cosas en sus manos (3): en él ha depositado todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia (4), en él habita corporalmente la Divinidad (5), en él está la plenitud de la gracia y de la verdad (6), y de esa plenitud recibimos todos, dice San Juan (7), porque por él se nos da toda la gracia.

Con la luz de la revelacion estudiemos esta accion de Jesucristo. Así como Dios quiso en la creacion de Adan enlazar el mundo de la materia con el de los espíritus, así se propone en su renovacion elevar uno y otro hasta sí mismo por la gracia, mediante el segundo Adan. Quiere Dios formar otra generacion y crear un nuevo pueblo como anunció al Profeta (8), engendrándolo en la persona de su Hijo, puesto que en su presencia no ha de valer el pueblo de la circuncision, ni el del prepucio, sino la nueva criatura (9), el pueblo de los hijos de Dios criados en Jesucristo en obras de santidad, y renovados conforme á la imágen del que crió al hombre en santidad y justicia de verdad (10). Esta nueva creacion en el ór-

- (1) Joann. VII, 38.
 (2) Psalm. XXXV, 10.
 (3) Joann. III, 35.
 (4) Colos. II, 3.
 (5) Id. id., 9.
 (6) Joann. I, 14.
 (7) Id. id., 16.
 (8) Jerem. XXXI.
 (9) Gal. V, 15.
 (10) Colos. III, 10.

den de la gracia, ha de hacerse en persona del nuevo Adan, de Jesucristo, á quien ya por ello el Profeta llamó Padre del siglo futuro (1). De él dice San Pablo, fué una figura el primer Adan (2), padre del género humano en el orden de la naturaleza.

Ahora bien: así como este con su prevaricacion, desordenando la naturaleza humana, influyó en toda ella introduciendo en sus entrañas la concupiscencia con todas sus consecuencias, así tambien Jesucristo, el nuevo Adan, con sus méritos y con su gracia, influye en sentido contrario, y devuelve al hombre lo que aquel le hizo perder, introduciendo en el alma la vida de la gracia. Esta es la explicacion que nos da San Pablo. Del mismo modo que entró el mal en el mundo, quiere Dios que salga de él. Por un hombre el pecado y la muerte; por un hombre la gracia y la vida (3). Por la generacion natural el imperio de la carne sobre el espíritu; por la generacion espiritual el triunfo del espíritu sobre la carne, la elevacion del hombre á Dios. Segun esta doctrina del Apóstol, Jesus es nuestro Padre. ¡Cuán dulce es al corazon darle este tierno nombre!

Pero siendo el misterio de la gracia el que hace llegar á las almas las riquezas todas de Cristo, ha querido Dios multiplicar las explicaciones de esa accion divina. Escuchad otra vez al Apóstol: Dios Padre ha constituido á su Hijo cabeza de toda la Iglesia, es decir, de toda la nueva creacion, de la cual ha hecho el cuerpo de Cristo (4). Nosotros somos los miembros de ese gran cuer-

(1) Isai. IX, 6.
 (2) Rom. V, 14.
 (3) Id. id., 18.
 (4) Ephes. I, 22, 23.

po (1). ¡Qué idea, hermanos, tan hermosa para expresar la influencia de Jesucristo sobre el hombre regenerado, y para presentárnosle como el principio de nuestra vida divina! Es nuestra cabeza, continúa el Apóstol, por la que se mantiene unido todo el cuerpo, y de la que se difunde la vida á todos los miembros (2). Estamos fundados y edificados sobre Cristo, añade el mismo; más aún, arraigados é ingertados en él (3). Ideas todas sublimes, que expresan nuestra union con Jesucristo, la comunicacion de su gracia, la participacion de su naturaleza, y la accion incesante del mismo sobre el alma para asimilársela, segun el designio eterno.

Pero no es solo San Pablo, es el mismo Jesucristo quien ha querido hacérselo comprender. «Yo soy la vid, dice, vosotros los sarmientos.» (4) ¡Qué union más estrecha! ¡Qué influencia más directa que la de la cepa en los sarmientos? Así como estos nada producen sino en cuanto reciben el jugo del tronco por la union con él, así vosotros, si no conservais esta union conmigo, nada producireis en el orden de la gracia. Sin mí, nada podeis hacer en ese orden (5). Sin mí no podeis ir al Padre (6). Sin mí no podeis tener la vida. Permaneced, pues, unidos á mí, y así de este modo dareis abundante fruto (7), porque yo os enviaré el Espíritu Santo (8), y mi Padre os amará, y vendremos á vosotros, y pondremos nuestra morada en vuestra alma (9).

(1) I Cor. XII, 27.
 (2) Ephes. IV, 16.
 (3) Id. III, 17.
 (4) Joann. XV, 5.
 (5) Id. id.
 (6) Id. XIV, 6.
 (7) Id. XV, 5.
 (8) Id. XVI, 7.
 (9) Id. XIV, 23.

¡Ah, Señores! Al oír estas palabras, ¿es posible dudar que Jesucristo es el principio de nuestra regeneración, y el que obrando en el alma la eleva á ese término de la unión con Dios y de la participación de su naturaleza? Escuchad ahora las que dirige á su Padre antes de consumir su sacrificio. «Guárdalos, Padre Santo, guarda á los que me has dado para que yo les dé la vida eterna. Guárdalos para que sean una cosa como nosotros, á ellos y á los que han de creer en mí, para que sean todos uno, como tú en mí y yo en ti, así ellos sean uno en nosotros, y conozca el mundo por este medio, que tú me has enviado. Yo les he dado la claridad que tú me diste, para que sean uno como nosotros, y conozca el mundo que los has amado como me amaste á mí.» (1) ¡Cuánta ternura, cuánto amor hay en estas palabras! ¡Cómo debemos desear con el Apóstol que la luz divina, brillando en nosotros, nos enseñe á comprender por ellas la sublime esperanza de nuestra vocación, y las riquezas de la herencia que Dios nos prepara según su eterno designio, de hacernos santos é inmaculados, adoptándonos por hijos suyos en Jesucristo (2). Expliquemos algunas. Jesucristo está en su Padre: de él recibe la vida y cuanto es. Jesucristo está en nosotros, y de él recibimos la vida de la gracia, como él la recibe del Padre; de modo que nuestra vida es la vida de Dios. Así como la humanidad santísima de Jesucristo recibe la vida divina de la persona del Verbo, á la que está unida, y él está en el Padre; así el alma, santificada por la gracia, recibe la vida de Jesucristo, porque él está en nosotros y nosotros en él, como él en su Padre. Yo les doy, dice, la claridad

(1) Joann. XVII.

(2) Ephes. I, 17.

que tú me has dado,» para que como yo soy tu hijo por naturaleza, ellos lo sean adoptivos por gracia. Les he comunicado, en cuanto es posible, cuantos dones me has hecho, para que participen de lo que me es propio, y sean uno como nosotros. Yo en ellos por la comunión de naturaleza que he tomado, por la participación de mi espíritu, por mi amor especial, y la comunicación de mi gracia, por la recepción de mi cuerpo y de mi sangre, para que conozca el mundo que los amas, como me amaste á mí: esto es, así como los tesoros de todos los dones de que me colmaste en cuanto hombre, y la gracia de la unión personal son argumento del inefable amor que me tienes, así sea la comunicación de tu claridad, que yo les doy; sea una prueba del amor con que tú los amas (1).

¡Qué grandeza! ¡Qué amor! ¿Necesitamos más, hermanos, para conocer el misterio de nuestra elevación por la gracia, y las inefables riquezas que comunica al alma? ¿Dónde se verifica esta admirable unión con Jesucristo? En los Sacramentos, Señores. Ellos son los medios divinos que Jesucristo, en cuyas manos puso el Padre todas las cosas, ha instituido para santificarnos. Ellos son, dice un apologista, como los órganos divinos de la Encarnación: por su medio se particulariza en cada uno de nosotros la encarnación divina en Jesucristo, convirtiéndose así todos los fieles con su divino Mediador en un mismo cuerpo místico, en el cual vive él en ellos, y ellos en él (2).

Los Sacramentos son las fuentes del Salvador de que habla Isaías, anunciando que con gozo acudirían los

(1) Natal. Alexand., Comm. in Joann.

(2) Aug. Nicol., Estudios filosóficos, p. 2, c. 15.

fieles á sacar aguas de salud (1); y á estas fuentes convidaba Jesucristo diciendo: Quien esté sediento venga á mí y beba (2); que por ello quiso que su Corazon fuese abierto por la lanza, para dejar patente la puerta de la vida, de donde manaron los Sacramentos de la Iglesia, sin los que no se entra en la vida verdadera (3). De aquel Corazon divino salió milagrosamente sangre y agua, significando, dice San Juan Crisóstomo, el bautismo que nos lava y purifica, y la Sagrada Eucaristía, que nos alimenta de Jesucristo (4).

No nos detengamos, Señores, en la exposicion de los Sacramentos y sus efectos. En otro discurso dije algo sobre ello, y vosotros lo recordareis. Basta repetir que el bautismo nos incorpora en Jesucristo, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, y nos constituye sarmientos de esa vid divina plantada por el Padre, en el misterio de la Encarnacion. Que la Confirmacion nos da al Espíritu Santo como un sello del alma que imprime en ella la imágen divina que ha de aparecer en todo nuestro sér (5). Que la Penitencia, lavándonos en la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo (6), nos devuelve la gracia perdida por nuestra culpa, para que no perezcamos en nuestra miseria.

Fijémonos principalmente en la Sagrada Eucaristía, porque es el Sacramento de los Sacramentos, el centro al cual todos convergen, ya que en él no solo se nos da

(1) Isai. XII, 3.

(2) Joann. VII, 37.

(3) *Latus ejus..... aperuit, ut illic quoddammodo vitæ ostium panderetur, unde Sacramenta Ecclesiæ manaverunt, sine quibus ad vitam, quæ verâ vita est, non intratur. (S. Aug., tract. 120 in Joann.)*

(4) *Latus lancea percussit, et exinde aqua fluxit et sanguis. Unum baptismatis symbolum, aliud Sacramenti. (S. Joann. Chrysost.)*

(5) II Cor. I, 22.

(6) Joann. I, 29.—I Joann. I, 7.

la gracia, sino al autor de la gracia que se une al alma, del modo más admirable y estrecho, para ser el principio de su vida. ¿Quién podrá explicarnos su accion mejor que el mismo Jesucristo? Escuchadle. «He venido del cielo para hacer la voluntad de mi Padre, y esta voluntad es, que no perezcan los que creen en el Hijo, sino que tengan la vida eterna; es decir, la vida de la gracia, la vida de Dios. Yo soy el pan de vida, el pan vivo bajado del cielo, y el pan que os daré es mi carne, para salud del mundo. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna. Si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, no tendreis esa vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Como yo vivo por el Padre, así el que me come, vivirá por mí (1).

Ved aquí el término. Por la Encarnacion, Dios se une á la naturaleza humana y la eleva hasta él; por la Comunion, Dios hombre, Jesucristo, se une á cada uno de los hombres para darle parte de la plenitud de gracia y de verdad con que se presentó en la tierra, para comunicarle del modo más directo y más íntimo esa vida que recibe del Padre, para estar y obrar dentro de él. Por la Encarnacion, el Verbo tomó nuestra naturaleza, tomó nuestra carne y la divinizó; por la Comunion, Jesucristo nos da su carne y su alma, á fin de darnos con ello una participacion de su divinidad, porque si el Verbo se hizo carne, y nosotros recibimos ese Verbo-carne, no podemos menos de reconocer que Cristo permanece en nosotros (2). Su corazon se hace nuestro corazon, y

(1) Joann. VI.

(2) *Si enim Verbum caro factum est, et nos vere Verbum carnem cibo Dominico sumimus, quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus est, qui et naturam carnis nostræ jam inseparabilem sibi homo natus assumpsit, et naturam carnis suæ ad naturam æternitatis sub*

sus divinos latidos, que son su amor y su gracia, forman la vida de nuestra alma. Por ello podemos decir con San Pablo: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1): él es el principio de mis pensamientos y de mis deseos; él es el móvil de todos mis actos; él es el término de todas mis aspiraciones.

¡Ah! que es bello, Señores, contemplar las armonías sublimes de la Eucaristía, y las riquezas que da al alma, y el amor que en ella engendra para unirla y asimilarla á Dios. La vida del alma es el amor: el que no ama no vive (2). La fuerza del alma es el amor: el que no ama es débil, mezquino, su existencia es miserable. Por ello decía San Agustín: Allá donde voy, me lleva el amor; él es mi gracia, mi luz, mi fuerza, y mi todo (3). El hombre tiene en su corazón un deseo inmenso de amar y ser amado: es la gran pasión que Dios ha puesto en él, para que, impulsado por ella, se eleve hasta su unión eterna, y para que el hombre le ame, Dios le ama antes (4); y en el transporte de su amor, después que se le ha dado todo, y se ha hecho hombre por él, se le da á sí mismo diciendo: «Toma, come mi cuerpo, bebe mi sangre (5). ¿Qué más puedo hacer ya por tí? No, responde San Agustín, no es posible más (6). ¡Oh hom-

Sacramento nobis communicandæ carnis adhibuit? Ita ergo in Deo sumus, quia et in Christo Pater est, et Christus in nobis est. (*S. Fulbert. Carnot., Ep. I de Ven. Euchar. Sacram.*)

(1) Gal. II, 20.

(2) I Joann. III, 14.

(3) Ponderibus suis aguntur omnia, et locum suum petunt. Amor meus pondus meus: illo feror, quocumque feror. (*S. August., lib. 13, Confess.*)

(4) I. Joann. IV, 10

(5) Matth. XXVI, 26.

(6) Dicere audeo, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (*S. August., Tract. 26 in Joann.*)

bre! Dios quiere elevarte hasta él y hacerte Dios, no por naturaleza como el Verbo á quien engendra de su sustancia, sino por don de su amor, por adopción: y así como su Verbo, haciéndose hombre, se hace participante de tu mortalidad, así, elevándote hasta sí mismo, te comunica su inmortalidad (1). Para esto te se ha dado, añade San Lorenzo Justiniano, para levantarte hasta él, y alimentarte de sí mismo (2).

Tal es, Señores, la economía de la obra del Verbo hecho hombre para la deificación del hombre. Pero á esta obra de Dios debe agregarse la obra del hombre. La gracia viene á nosotros por un acto libre del amor de Dios; pero solo produce sus efectos cuando es aceptada por el amor libre del hombre, que es dueño de permanecer en su naturaleza silvestre, ó de ser ingertado de Jesucristo para entrar por participación en la naturaleza divina. Es la semilla de Dios, que germina y produce según la tierra que la recibe y el cultivo que se le añade. Es Jesucristo encarnado, por así decirlo, en nosotros, pero á quien debemos nutrir con actos repetidos que le desenvuelvan y hagan crecer en nuestras almas, hasta que lleguemos á la plenitud de varones perfectos en frase del Apóstol (3).

Este es nuestro deber, hermanos. Unir nuestra voluntad á la de Jesucristo, darle el imperio de nuestro corazón, responder á su voz amorosa, seguir su impulso, disponer en nuestro corazón una progresión ascendente

(1) Deus deum te vult facere, non natura, sed dono suo et acceptione, Sicut ille per humanitatem factus est particeps mortalitatis tuæ, sic te per exaltationem facit participem immortalitatis suæ. (*S. August., Serm. 116 de Script.*)

(2) Præbuit se, ut te elevaret ad se, ut te nutriret de se. (*S. Laur. Justinian., Serm. de Christi Corp.*)

(3) Ephes. IV, 13.

hacia Dios (1), acreditar y hacer cierta con nuestras obras nuestra eleccion y vocacion divina (2), hacer que la vida de Jesus se manifieste en nosotros (3) por la uniformidad de nuestros sentimientos (4), hasta ser una copia de este divino modelo, para poder decir con verdad: Ya no soy yo el que vive, esto es, ya no es la concupiscencia, ya no es el hombre terreno quien vive en mí, sino Cristo, esto es, el hombre celestial, el hombre divino.

Los que esto han hecho, Señores, han llegado al heroismo de la perfeccion. Robustos por su fe, dilatados por la caridad, fieles á Dios, su único amor, y no rompiendo por el pecado el lazo que á él los unia, se elevaron á una gloria inmensa. El mundo los admira, los ángeles los aplauden, Dios los glorifica. Los hombres los llaman Santos, Jesucristo los llama hermanos, Dios Padre los llama hijos. Ellos son la demostracion viva de la accion de Jesucristo sobre el alma, de la realidad y eficacia de la comunicacion de su vida, de la verdad de la elevacion del hombre al orden divino por la gracia, y la prueba evidente de que sin esta influencia misteriosa, pero real, de Jesucristo, jamás el hombre saldrá de la esfera á que le redujo la prevaricacion de Adan. Buscad esos hombres Dioses donde no es conocido Jesucristo; no los encontrareis: buscadlos donde se despide á Jesucristo; no los vereis: buscadlos, en fin, donde reina Jesucristo, su fe, su doctrina y sus Sacramentos, y hallareis á cada paso esas almas para quienes la tierra es nada, y el cielo todo; esas almas que se gozan en la humillacion

-
- (1) Psalm. LXXXIII, 6.
 (2) II Petr. I, 10.
 (3) II Corinth. IV, 10, 11.
 (4) Philip. II, 5.

y el sacrificio, y de él forman su vida; esas almas, que viven consagradas á la caridad; esas almas, en fin, en quienes brilla el reflejo de Jesucristo que en ellas vive, y depositan en el seno de la familia y de la sociedad la fecunda semilla de la virtud.

Donde no vive Jesucristo, solo se ve al hombre, el orgullo, la sensualidad, el egoismo. Donde Jesucristo vive, se ve á Dios, la humildad, la pureza, la caridad. Hagámosle, pues, vivir en nosotros: él lo quiere, está á la puerta y llama (1). Su corazon, cuyo latido es la gracia, late en ese Sacramento por nosotros: acerquémonos para percibir ese latido, acerquémonos por la oracion, que le atrae; por la mortificacion, que le franquea nuestro corazon; por el deseo y el amor; y aunque estemos muertos en el alma, resucitaremos; su gracia es poderosa para ello. Aproximémonos más, unámonos á él por la comunion; nos dará su vida y su amor, y vivirá en nosotros. Renovados de este modo y deificados por su gracia, dejémonos llevar de su espíritu, y seremos semejantes á él: hombres divinos en la tierra. Dioses hijos de Dios en el cielo.

(1) Apoc. III, 20.